

vanidosos del orgullo pretencioso del europeo. ¡Quién lo hubiera dicho el día de la llegada! ¡Y hasta qué extremo llegamos!... ¡Llegamos hasta solemnizar como día de gran fiesta el en que tomamos los billetes en el despacho del Lloyd austriaco para Varna y el Danubio!

Mas en aquel día de alegría y broma sobresalía un punto negro para amargar el placer: nos separábamos de nuestros buenos amigos de Pera, en cuya agradable compañía pasamos las últimas noches de estancia en Constantinopla. ¡Cuán triste es verse obligado á decir siempre adios, desligar lazos, romper afectos, y dejar en tales disoluciones pedazos del corazón por todas partes!

¿No hay una vara mágica con la cual pueda yo en algun día á una hora determinada reunir á mi alrededor en una gran mesa invadida por mis amigos, todos los afectos que he derramado en mis viajes? Tú, Santoro, de Constantinopla; tú, Selam, de las orillas del África; tú, Ten Brink, de las dunas de Holanda; tú, Segovia, de las márgenes del Guadalquivir; tú, Saavedra, de las riberas del Tajo... puesto que no encuentro esta varita de virtudes, escuchad, escuchad mi voz, que os hablo con el corazón y os saludo con el alma... no hallo la varita y... ¿cómo pasa el tiempo y cómo vuelan las ilusiones y las esperanzas!!!

LOS TURCOS.

Ahora bien, antes de embarcarnos en el bajel austriaco, humeante ya en el Cuerno de Oro, frente á Galata, dispuesto para partir con rumbo al mar Negro, me resta por exponer modestamente en estilo de viajero, algunas observaciones generales que respondan á las siguientes preguntas: ¿Qué te han parecido los turcos?

Pregunta en que se reclaman observaciones generales y enteramente libres, ajenas á toda especie de preocupacion, y sin tener para nada en cuenta acontecimientos presentes que influyan en el juicio individual y deducidas de mis propias impresiones consignadas en los apuntes y notas de mi diario.

Y á semejante pregunta, de «qué te parecen los turcos», resucita en mi ánimo en primer término la impresion constante é igual que me produjo el aspecto externo de la poblacion masculina de Stambul, desde el primero hasta el último día.

Aun sin contar para nada la diferencia de las formas físicas, es una impresion enteramente distinta de la que causa la gente de cualquiera otra ciudad europea. Parece que se ve un pueblo—no sé cómo expresar mejor mi idea—en el cual todos sus individuos piensan en la misma cosa. Análoga impresion é igual efecto aparente podrá verificarse en el ánimo de cualquier viajero europeo al visitar ciudades del Norte: pero aquí el fenómeno es singularísimo.

Las gentes del Norte, manifiestan una seriedad y una reserva propias de personas atareadas y preocupadas con los respectivos quehaceres; los turcos, en cambio, presentan el aspecto de personas que se ocupan y reflexionan, ó mejor, se abisman, en algo remoto é indeterminado y vago. Parecen todos, filósofos absortos en una idea fija, ó sonámbulos que andan ignorando el suelo que pisan y las cosas que les rodean. Miran todos siempre al frente y lejos, como habituados á contemplar dilatados horizontes, y se adivina en sus ojos y en su boca cierta expresion de tristeza, adecuada al que vive solo encerrado en sí mismo. En todos se advierte igual gravedad, idéntica compostura de modales, la misma reserva en la conversacion, análoga mesura en el mirar, perfecto paralelismo en los gestos. Todos constituyen un estilo, una escuela: han recibido una única educacion; desde el bajá al comerciante, se ama-

mantaron con la misma dignidad aristocrática, bebieron en la misma fuente: nadie advertiría la existencia del pueblo bajo, la diversidad de clases, la distincion de la plebe, si no hubiera diferencias en el traje. Casi todas las fisonomías son frías, sin revelar ni el ánimo propio ni el pensamiento individual. No existe la personalidad.

Dar con una fisonomía de esas abiertas, francas, expresivas, que espontáneamente revelan un carácter determinado ó un temperamento acentuado ó un génio definido, cosa harto frecuente entre nosotros, es rarísimo. Conocer por tales rasgos exteriores como en claro espejo la índole dulce ó apasionada de un personaje observando el semblante é induciendo por su exámen el juicio racional y casi seguro para el que estudia atentamente, basado en el aspecto externo, es demasiado aventurado y expuesto á error. Cada cara encierra un enigma. La mirada de los turcos interroga, pero no contesta. La boca no traiciona al corazon.

Y no es posible apuntar cuánto pesa en el espíritu del extranjero semejante mutismo de las fisonomías, esta impasibilidad de los rostros y tal uniformidad de actitudes esculturales, de miradas fijas é impenetrables, que jamás explican nada.

Hay momentos en los cuales se nos antoja exclamar en el centro de las plazas:—¡Pero sacu-

díos y despertaos una vez siquiera; decidnos qué sois, quiénes sois, qué pensais, qué veis en el ambiente cuando perennemente mirais en el espacio con esos ojos de vidrio!"—Y resulta tan extraño el fenómeno, que no hay medio de convencerse de que sea natural; y se duda en ocasiones de que no sea una cosa convenida ó efecto pasajero de alguna enfermedad moral ó de accidente más ó menos comun y generalizado, pero anormal, al fin y al cabo.

Sin embargo, salta á la vista, aun dentro de la susodicha uniformidad de maneras y posturas, cierta diferencia entre una parte y otra de la poblacion musulmana.

Los rasgos más salientes de la raza turca, bella y robusta, no se han alterado en lo más mínimo en el pueblo bajo, el cual conserva por necesidad ó por espíritu religioso la sobriedad de sus antepasados. En los plebeyos aún se notan los cuerpos enjutos y vigorosos, las cabezas bien conformadas, los ojos vivos, la nariz aguileña, los maxilares prominentes y un no sé qué de fuerte y atrevido en todos los lineamentos principales de la figura.

Los turcos de las clases elevadas, por el contrario, en los cuales data de antiguo la corrupcion

y la mescolanza de la sangre extranjera, se les reconoce comunmente por la obesidad, por la cabeza diminuta, las frentes estrechas, los ojos sin brillo, los lábios caidos y por ende bocas sin contracciones habituales características y eminentemente expresivas y elocuentes aun sin pronunciar un solo sonido.

A las diferencias físicas corresponden otras no menores, y quizá mayores, morales, y consisten en lo que media entre el turco verdadero, antiguo, clásico, característico y claro, y este sér ambíguo, insípido é incoloro denominado el turco *de la reforma*. De lo cual dependen las grandes dificultades que se originan para estudiar lo que se llama el pueblo turco; porque con la parte que ha conservado fielmente sus tradiciones, ó no hay manera de entenderse, ó no hay modo de mezclarse entre ellos; y con la otra parte, con la que existe cierta facilidad para llegar hasta ella y relacionarse en el comercio y trato social, no retrata fielmente ni las ideas de la nacion, ni la índole de la misma.

Pero de todos modos, ni la corrupcion, ni el tinte de civilizacion europea, han borrado de las altas clases sociales ese algo de austeridad y de vaguedad triste, que se observa en el pueblo bajo y que no considerándolo en los individuos sino en la generalidad, produce una impresion innegablemente favorable. Con efecto, á juzgar por las apa-

riencias, la población turca de Constantinopla parecería la más civil y la más honesta de Europa. No se dá caso, ni aun por las calles más solitarias de Stambul, de que sea insultado un extranjero; se pueden visitar las mezquitas aun en los momentos de las oraciones, con mayor seguridad que la que podría tener un turco si penetrase en nuestras iglesias; entre la muchedumbre jamás tropieza uno con una mirada, no digo ya insolente, pero ni siquiera demasiado curiosa; son rarísimas las carcajadas, rarísimas las gentes del pueblo bajo que se insultan en la calle, rarísimo el vocerío de mujeres ó mujerzuelas en las puertas, las ventanas y las tiendas; no se advierte ningun acto público de prostitucion, ninguna accion pública indecente ni deshonesta; el mercado reviste casi tanta dignidad como la que encierra la mezquita; en todos lados salta á los ojos excesiva parsimonia en restos y palabras; ni se oyen cantos, ni ruidosas risotadas, ni exclamaciones é interjecciones groseras de la plebe, ni grupos inoportunos en la vía pública interrumpen el paso; caras, manos y piés limpios; raros los harapos y más raros aún las personas súcias de ciertas clases; dicho se está que no hay casos de borrachos por las calles, y por último, es admirable, maravilloso, el respeto mútuo que se guardan todas las clases sociales entre sí.

Pero... esto, aunque notable, no es sino apariencia. La putrefaccion está oculta. La corrupcion se disimula mediante la separacion de los dos sexos, la tranquilidad sirve de máscara al ócio, la dignidad al orgullo, la compostura de los semblantes graves que sirve de indicio de profundos pensamientos, esconde la inercia mortal de la inteligencia; y aquello, en fin, que se toma por templanza nacida de la civilizacion y la cultura, no es sino falta de vida y actividad verdadera.

La naturaleza, la filosofía, la vida entera de este pueblo, se resume en un estado particular del espíritu y del cuerpo que se denomina *Kief*, y en el cual estriba el placer supremo.

Haber comido parcamente; haber bebido un vaso de agua corriente; haber dicho las oraciones de ritual; sentir la carne y la conciencia tranquila y sin deseos; hallarse sentado á la sombra de un árbol en un punto desde el cual se divise vastísimo horizonte, siguiendo con la vista las palomas del cementerio vecino, los bajeles lejanos, los insectos próximos, las nubes del cielo, el humo de la pipa, pensando vagamente en Dios, en la muer-

te, en la vanidad de los bienes terrenales, en la dulzura del reposo eterno, en otra vida... hé ahí el *Kief*.

Redúcese á ser espectador inactivo del gran teatro del mundo: hé aquí la suma aspiracion del turco.

Lo lleva á esto, su naturaleza de antiguo pastor contemplativo, lento y tardo; su religion que ata los brazos del hombre, dejando todo á la voluntad y obra de Dios; sus tradiciones de soldado del islamismo, para el cual no existe otra accion verdaderamente grande y necesaria que la de combatir y vencer por la propia fé, y acabada la batalla, ya se han cumplido todos los deberes.

Para el turco todo es fatal. El hombre no es sino instrumento en manos de la Providencia: es inútil que el individuo se esfuerce por dar á las cosas humanas otro rumbo que el prescrito en el cielo; la tierra se reduce á una caravana que cruza por este valle; Dios creó al hombre para que pase por él, rogando y admirando las obras del Hacedor; dejemos caer lo que se cae y dejemos pasar lo que pasa; dejemos hacer á Dios; no nos afanemos por renovar, no nos afanemos por conservar.

Así, pues, el primer deseo de los turcos es la quietud. Y se abstienen de cuanto pueden turbar este reposo, en que cifran la felicidad, huyendo de todo género de emociones. Por tanto, ni avidez de saber, ni fiebre de ganancias, ni furor por

los viajes, ni pasiones vagas, ó inagotable sed de amor ó ambicion, nada sacude la inactividad turca. La falta de múltiples necesidades intelectuales y físicas, para satisfacer las cuales luchamos nosotros continuamente, hace que ellos ni siquiera conciban la razon de nuestro incesante trabajo. El deseo de ocupacion y de actividad, lo consideran como indicio seguro de aberracion morbosa de nuestro espíritu. Siendo para el musulman la paz el último fin de la vida, cree que es mejor proponérsela por norma, que no como resultado del descanso despues del trabajo y la fatiga. Y la suma de esfuerzos intelectuales y físicos que abruma á los pueblos europeos, le parece al turco que son pueriles y vanos afanes, puesto que no ve que den por consecuencia lógica un resultado de mayor felicidad práctica, producto de un ideal teórico fingido y ambicionado de antemano por nosotros. No trabajando, carece del sentimiento de lo que el tiempo vale; y faltándole este sentimiento no puede ni desear ni apreciar las invenciones y descubrimientos del ingenio humano encaminados á acelerar la vida y mejorar la condicion de la humanidad.

Capaz es el turco de preguntar para qué sirve un ferro-carril, si no nos conduce á una ciudad donde trascurra la existencia con mayor felicidad. Su fé fatalista que le lleva á no preocuparse del porvenir, cáusale juntamente el desden por

todo lo que no origina nuevos placeres y nuevos goces. Por lo mismo, no comprende que los soñadores y utopistas europeos, se ocupen en echar los cimientos de un edificio cualquiera que no han de ver acabado en sus días, y consume sus fuerzas, compromete su paz presente por un fin dudoso y lejano.

Por lo mismo también juzga nuestra raza como raza frívola, mezquina, presuntuosa, bastardeada, cuyo solo valor consiste en estar orgullosa con una ciencia que entiende de cosas terrenas, y la desprecia hasta donde lo consiente la necesidad en que se ve de entender algo de estas ciencias con el solo objeto de colocarse á la altura de los europeos y no ser engañado por su ignorancia. Pero nos desdeña con el más soberano desden de todos modos.

Para mí ese es el verdadero sentimiento que inspiramos á los *verdaderos* turcos que constituyen todavía la inmensa mayoría de la nación. Y se podrá negar el hecho ó hacer como que no se cree; pero no es posible desconocerlo cuando se ha vivido algún tiempo entre ellos.

Y este sentimiento de desprecio se deriva de muchas causas. La primera, consiste en la consideración de un hecho significadísimo para ellos,

á saber: que hace más de cuatro siglos que se mantienen en Europa dominando sobre un gran territorio á pesar de ser el número de los turcos relativamente pequeño, y á pesar de todas las dificultades é inconvenientes que se les crea á su alrededor. La parte mínima de la nación interpreta este hecho, atribuyéndolo á las discordias que reinan y separan al propio tiempo, los distintos Estados de Europa; pero la parte mayor lo interpreta en cambio, atribuyéndolo á la superioridad de sus propias fuerzas y á nuestro evilecimiento. No le cabe, en efecto, en la cabeza á ningún turco del vulgo, que pueda ser suprimida la Europa islámica en un momento, poniéndose de acuerdo las potencias europeas; así como tampoco creen que sufrirían la afrenta de una conquista cristiana, desde los Dardanelos al Danubio. A las baladronadas de nuestra civilización oponen el hecho de su dominación constante. Orgullosos de su sangre, fortificados en este orgullo por la costumbre del Imperio, habituados á oírse llamar, en nombre de Dios, que pertenecen á una raza conquistadora nacida para la guerra y no para el trabajo, no comprenden cómo los pueblos sujetos á su poder pueden atreverse á mostrar ningún género de derechos á la igualdad civil. Para ellos, poseídos de una fé ciega en el reino sensible de la providencia, la conquista de Europa ha sido la realización de un decreto de Dios; y es Dios quien

los ha investido en prueba de predileccion, de esta soberanía terrenal; y el hecho de conservarla contra tantas fuerzas hostiles, constituye un argumento incontestable de su derecho divino, y al mismo tiempo una prueba luminosísima en favor de la verdad de su fé.

Contra este sentido y manera de pensar, se estrellan todos los razonamientos de la civilizacion, del derecho y de la igualdad. La civilizacion no es para ellos sino una fuerza hostil que quiere desarmarlos sin combatirlos, poco á poco, á traicion, para rebajarlos á la condicion en que actualmente se encuentran sus propios súbditos, despojándolos de la dominacion. De aquí que además del desprecio con que miran á la civilizacion como vana, la temen como enemiga; y ya que no pueden rechazarla con la fuerza, le oponen la invencible resistencia de su inercia constante.

Trasformarse, civilizarse, igualarse á sus súbditos, estiman que equivale á tener que rivalizar con el ingenio, con el estudio y con el trabajo; equivale á conquistar una nueva superioridad; equivale á rehacer con la fuerza del espíritu, la conquista ya conseguida por la espada. Y á esto se opone, aparte de sus intereses materiales de dominadores, su desprecio religioso hácia los infieles, su altanería militar, su indolencia natural, la índole de su ingenio que carece de toda facultad iniciadora; y vive entumecido con la inmo-

vilidad de aquellas cinco ideas tradicionales que forman todo el patrimonio intelectual de la nacion.

No ven, por otra parte, en aquella clase social que acepta segun ellos la civilizacion europea y que representa á sus ojos el estado al cual querría Europa reducir á todos los hijos de Osman; no ven, repito, en aquellos hermanos que usan levita y guantes, que balbucean el francés y no asisten á la mezquita, un solo ejemplo que pueda convertirlos racionalmente.

¿Cómo representa la civilizacion aquella parte de la nacion otomana?

Sobre este punto están todos de acuerdo, con ligeras variantes. El nuevo turco no vale lo que el viejo. Ha adoptado nuestras telas, nuestras comodidades, nuestros vicios, nuestras vanidades; pero no ha acogido hasta ahora ni nuestros sentimientos ni nuestras ideas; y en esta trasformacion parcial, perdió todo lo bueno que radicaba en el fondo de su genuina naturaleza de Osman.

El viejo turco, no ve hasta el presente otros frutos de la civilizacion, que una más difusa *peste dicasterica* (1); una empleomanía espantosa, inepita, ociosa, aficionada á la rapiña, incrédula, enmascarada á lo franco, que desprecia todas las tradiciones nacionales; y una especie de *juventud*

(1) Dicasterias, tribunales de justicia que existieron en Atenas, y que llegaron á gran corrupcion.

dorada, desvergonzada y corrompida, que promete ser bastante peor que sus padres. En vestir así y en vivir así, estriba según el verdadero turco el ser civilizados; y con efecto, llama obrar, pensar, vivir á la franca, todo aquello que en usos, actos ó costumbres condena no solo la conciencia mahometana, sino toda conciencia de cualquier hombre honrado. De aquí que considere á los *civilizados* no como musulmanes adelantados en el camino de la reforma y el progreso, sino como gente perdida y extraviada, poco ménos que apóstatas y casi traidores á la nación. Desconfía, por tanto, de las innovaciones, las rechaza, aunque no fuera por otra cosa, por el sitio de donde proceden, del cual no espera sino funestísimos efectos. Cada novedad europea, vale tanto como atentar contra su carácter y sus intereses.

El gobierno es revolucionario; el pueblo conservador; las semillas de las nuevas ideas caen en un terreno compacto y rígido que le niega el jugo indispensable para que fecunde; la mano que rige los destinos, oprime y agita la empuñadura, pero la hoja de la espada gira inútilmente en el montante.

Hé aquí la razón de que toda la obra reformadora que se viene intentando hace cincuenta años no se haya introducido todavía en la epidermis de la nación. Se han mudado los nombres, pero han quedado las cosas. Lo poco hecho fué hijo de

la violencia, y á esto atribuye precisamente el pueblo la audacia creciente de los infieles, la corrupción que se apoderó del corazón del Imperio, y todas las desventuras nacionales.

¿Por qué mudar nuestras instituciones, si son aquellas con las cuales hemos vencido y dominado por espacio de tantos siglos?

¿Por qué adoptar aquellas que carecieron de fuerza suficiente para resistir los mandobles de nuestras espadas?

La organización, la vida, las tradiciones del pueblo turco, son las de un ejército vencedor acampado en Europa; ejerce su mando, goza los privilegios y los ócios, siente el orgullo de su dominación; y como todos los ejércitos, prefiere la disciplina de hierro que le otorga la prepotencia sobre los vencidos, á una disciplina más suave, que encadena su albedrío de vencedor.

Ahora bien, esperar que este orden de cosas, inmóvil por espacio de tantos siglos, cambie en el trascurso de pocos años, es un sueño. Las ligeras vanguardias de la civilización, podrán proceder todo lo rápidamente que quieran, pero el grueso del ejército, cargado todavía con las pesadas armaduras de la Edad Media, ó no se mueve, ó las sigue de lejos con paso lento. No son cosas

de ayer, conviene recordarlas; el despotismo ciego, los genízaros, el Serrallo coronado de cabezas cortadas, el sentimiento de la invencibilidad de los osmanes, el *raia*, considerado y tratado como sér inmundó, los embajadores de Francia vestidos y alimentados en la antecámara del trono para simbolizar la vil pobreza de los infieles ante el Gran Señor...

Pero sobre este argumento no creo que haya gran disparidad de pareceres, ni aun entre los europeos ni los mismos turcos. La disparidad de los juicios, y por consiguiente la dificultad para un extranjero en emitir juicio propio, estriba en la estimacion de las cualidades íntimas individuales del turco; puesto que si se interroga sobre el particular á los *raia*, no se escuchan sino los vilipendios del oprimido contra el opresor; á preguntar á los europeos libres de las colonias, los cuales no tienen motivo ni para temer ni para odiar á los Osmanes, sino que antes bien, tienen mil razones para alabar el estado actual de cosas y alegrarse del mismo, á escuchar á estos, repito, no se obtienen en general sino juicios favorables, acaso concienzudos, pero ciertamente excesivos.

La mayoría de éstos convienen en reconocer que el turco es probo, leal, sincero y creyente religioso. Pero con respecto al sentimiento religioso, cuya observancia se les podría tomar en cuenta como gran mérito, hay que notar que esa reli-

gion no se opone á ninguna de sus tendencias, ni á ninguno de sus intereses; antes por el contrario, acaricia su naturaleza sensual, justifica su inercia, sanciona su dominacion, y él se atiende tenazmente á ella, puesto que comprende que su nacionalidad se basa en su dogma, y su destino en su fé. Tocante á la probidad, cítanse muchos ejemplos de hechos individuales, de los que pueden hallarse retratos aun en el más corrompido pueblo europeo. Pero hay que considerar, aun bajo este punto de vista, que no deja de entrar por gran parte la ostentacion, en la probidad que muestra el turco en sus asuntos comerciales con los cristianos, porque con frecuencia verifica por orgullo, lo que no ejecutaría por los meros impulsos de su conciencia. Entra por mucho, repito, en su moralidad bajo este respecto, la repugnancia que experimenta á aparecer inferior ante una raza, á la cual se cree él mismo superior, en valor moral.

Así nacen tambien de su misma condicion de dominador, ciertas cualidades estimables en extracto, tales como la franqueza, la fiereza, la dignidad, las cuales no se puede asegurar hubiesen conservado colocados en la situacion en que se hallan sus súbditos.

No se les puede negar, sin embargo, ni el sentimiento de la caridad, único bálsamo á los infinitos males de aquella sociedad mal ordenada, aunque promueva la indolencia y multiplique la miseria; ni otros sentimientos que indican gentileza y bondad de ánimo, como la gratitud que guardan eternamente por los más pequeños beneficios, el culto de los muertos, la cortesía hospitalaria, el respeto y miramientos para con los animales.

Es hermoso su sentido acerca de la igualdad de todas las clases sociales.

Es innegable la moderación severa de su índole, que se trasluce y desprende de sus innumerables proverbios que rebosan sabiduría y prudencia.

Es notoria la sencillez de su vida patriarcal y una cierta tendencia vaga á la soledad y á la melancolía, que excluye toda vulgaridad en la tristeza de ánimo.

Todas estas cualidades sobresalen en su alma en el más alto grado, cuando no se perturba la quietud de la vida ordinaria, hallándose en el fondo de su conciencia como aletargada su natural violencia asiática, su fanatismo, su furor militar, su ferocidad de bárbaros... cuyas condiciones saltan inmediatamente que se las estimula, y aparece otro hombre enteramente distinto.

¡Cuán exacta es la frase de que el turco es de

índole dulce y tranquila cuando... cuando no corta cabezas!

El tártaro está oculto en el fondo del turco y como adormecido. Su vigor nativo natural ha permanecido íntegro en él, custodiado por la indolencia y la molice de su vida; y no se sirve de aquel vigor sino en las ocasiones supremas. Así ha conservado entero el valor, del cual la cultura de la inteligencia aviva la fibra, y refinando el sentimiento de la vida hace más querido el goce de los placeres, pensando en la esperanza de futuro bienestar.

La pasión religiosa y guerrera encuentra en su ánimo ancho campo, sin que las dudas empañen el horizonte, ni se rebele el espíritu contra aquellos sentimientos, ni las nuevas ideas sacudan la tranquilidad de su conciencia. Es un hombre de una pieza que surge y se despierta de una vez en un momento determinado; es una espada afilada siempre, en cuya hoja está escrito el nombre de Dios y de su Soberano. La vida social apenas ha desbastado en él al hombre antiguo de las estepas y de las tiendas de campaña.

Espiritualmente vive todavía en la ciudad como viviera en la tribu, en medio de las gentes, pero solitario, encerrado en sus pensamientos. Realmente, entre ellos no existe verdadera vida social. La vida de los dos sexos dá la idea de dos ríos que corren paralelos y cuyas aguas no se en-

cuentran sino acá ó allá por comunicaciones subterráneas. Los hombres se reúnen entre sí, pero no viven en intimidad de pensamiento los unos con los otros; se aproximan, pero no se enlazan; cada uno prefiere á la expansión de sí mismo «la sorda vejetación de las ideas» segun definió estas expansiones admirablemente un gran poeta.

Nuestra conversacion ágil, variada, bromista, alegre, que enseña, recrea y discute; nuestra necesidad de dar y recibir sentimientos, pensamientos y deseos; este cruzamiento recíproco de nuestro sér, en el cual la inteligencia se ejercita y el corazón se temple, la desconocen los turcos. Únicamente alguno que otro sirve de excepción á la regla general. La conversacion de ellos, por lo comun, se arrastra prosáica por el suelo de lo vulgar, tratando asuntos y cosas materiales.

El amor se excluye de estos discursos; la literatura es privilegio de pocos; la ciencia es un mito; la política se reduce á cuestion de nombres; los negocios no ocupan sino una parte insignificante de la vida en los más. A las discusiones abstractas no se adapta su inteligencia con facilidad. No comprenden bien sino lo que ven ó lo que tocan, como lo prueba hasta su misma lengua, en la que á cada paso faltan palabras para expresar abstracciones; de donde nace que los turcos instruidos, para hablar de sus concepciones más ó ménos

elevadas, se vean obligados á recurrir al árabe ó al persa ó á una lengua europea.

Por otra parte, no sienten la necesidad de poner en apuro la mente para comprender cosas que se hallan fuera de sus deseos y hasta de su vida misma. El persa es más investigador, el árabe más curioso; el turco no tiene sino suprema indiferencia hácia todo lo que desconoce. Y no poseyendo ideas que cambiar, no busca la compañía de los europeos; y ni los ama, ni se interesa por sus interminables y sutiles discusiones. No es posible, por tanto, que llegue á establecerse completa confianza entre unos y otros, ya que uno de los dos esconde perpétuamente una parte de su espíritu, aspiraciones y naturaleza; sus afectos más íntimos, su casa, sus placeres, y lo que es más importante aún, el verdadero sentimiento que le inspira el europeo; sentimiento invencible de desconfianza sin límites.

El turco tolera al armenio, desprecia al judío, ódia al griego, desconfía del franco. Los soporta á todos como el animal que se deja pasear por el lomo miles de moscas, á reserva de sacudírselas cuando siente que le llegan á lo vivo. Deja que todos hagan, armen, reformen todo cuanto hay á su alrededor; se vale de los europeos que puede utilizar; acepta las innovaciones materiales cuyas ventajas inmediatas reconoce; escucha sin pestañear las lecciones de civilizacion que se le sumi-

nistran; muda leyes y ceremonias; aprende á repetir correctamente nuestras máximas filosóficas; se deja vestir, embellecer y enmascarar... pero siempre dentro de él, inmutable é instintivamente, es el mismo.

Y sin embargo, repugna á la razon resignarse á creer que la accion lenta y continúa de la civilizacion europea, no consiga en un período de tiempo indeterminado infundir la chispa de una vida nueva en este gigantesco soldado asiático que duerme al través de los dos continentes, y que no se despierta jamás sino para blandir su espada.

Pero considerados los esfuerzos verificados y los frutos obtenidos hasta el presente, aparece tan largo este período de tiempo, en comparacion con las necesidades y las impaciencias de los pueblos cristianos orientales, que casi desvanece las esperanzas relativas á que la cuestion de Oriente que en la actualidad preocupa á Europa, pueda resolverse por medio de la civilizacion progresiva del pueblo turco.

Esta, al ménos, es la opinion que me he formado durante mi breve estancia en Constantinopla.

¿Y de qué otra manera se lograría resolver la cuestion?

¡Ah, lector! No me creo obligado á responder ahora y en este sitio, puesto que no podría contestar, sin que mis palabras revistiesen, hasta cierto punto, el carácter de consejo á Europa... y á esto se opone inexorablemente mi modestia.

Y además... ¡ya lo dije! hay un barco austriaco que humea ya, anclado en el Cuerno de Oro, enfrente á Galata, y dispuesto para partir al mar Negro... y el lector sabe hácia donde se dirige este barco; luego... ¡He dicho!